

LOS NUEVOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES. Ciudadanía y representación en el movimiento universitario*

EDUARDO NIVÓN BOLÁN**

*Este texto trata de la huelga que vivió la Universidad Nacional Autónoma de México durante 1999 y 2000. Sugiero que constituye un movimiento social derivado de las condiciones de desarrollo del capitalismo en las circunstancias de economía global. Estos movimientos sociales, a los que llamo **NUEVOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES**, se diferencian de otros en que el factor que los constituye es un proceso de exclusión que conduce a los diversos agentes sociales a fincar estrategias que les resarzan de sus privaciones. La dificultad de estos movimientos es la de constituir sujetos políticos de alcance universal. Por el contrario, la pertenencia a ellos —su principio de ciudadanía— se ve limitado con frecuencia hasta terminar en movilizaciones que generan rechazo externo o medidas de agresión hacia el conjunto de la sociedad.*

Frente a las sociedades tradicionales, normalmente estáticas y con aspiraciones a la permanencia, la modernidad imprimió un impulso a la vida social consistente en la creencia en la bondad del cambio o, mejor dicho, en su necesidad. “La modernidad es el movimiento más la incertidumbre” simplificó Balandier en uno de sus textos (1988: 16). Ciertamente que los movimientos sociales no generaron el mismo consenso —pese a que constituyen una forma particular de promoción del cambio— como sí lo hicieron la ciencia y las comunicaciones, pero es innegable que la idea de controlar el desarrollo histórico, de conducir a la sociedad de un estado social a otro, no es sino consecuencia del sueño del hombre moderno que se sabe centro del universo cuyo destino es el dominio, sea de su vida individual, de su entorno físico o de la historia.

Pero si los movimientos sociales son consustanciales a la modernidad, su expresión concreta, las formas

que adoptan, los sentimientos e imágenes que generan, han variado a lo largo de la historia reciente de la sociedad occidental. Las teorías de los movimientos sociales tienen varias sendas de desarrollo. En 1942 Talcott Parsons publicó uno de sus ensayos empíricos más importantes, según opinión de estudiosos como Jeffrey Alexander (2000: 60). En él analiza la democracia y la estructura social en la Alemania prenazí, la cual tiene muchos rasgos comunes con las democracias liberales anglosajonas en cuanto a su desarrollo industrial y a la estructura de la institución de la propiedad y de la autoridad política, pero se diferencia “en términos de rasgos ‘feudales, militaristas, burocráticos y autoritarios que se relacionan los unos con los otros” (Parsons, 1954: 93). Estas diferencias no hubieran sido, para el sociólogo americano, definitivas para enfrentar a la sociedad alemana con la democracia liberal: “quizá el rasgo más importante del Estado alemán, su burocracia

* Este trabajo ha contado con la fortuna de ser leído por varios colegas. Agradezco particularmente los comentarios de Ricardo Falomir.

** Profesor investigador del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

administrativa, estaba muy lejos de entrar en conflicto radical con las pautas liberales, sino con las democráticas” (Parsons, 1954: 101). Es cierto que influyeron factores externos como el tratamiento recibido por parte de los aliados luego de la Primera Guerra Mundial o la imposición del régimen de Weimar para desatar una aversión hacia las instituciones de la democracia, pero Parsons no los considera suficientes para explicar el movimiento nazi, y observa factores sociales y simbólicos además de los estrictamente políticos.

Su planteamiento es que el desarrollo de la sociedad moderna expresado en el Estado burocrático, el mercado capitalista en gran escala, la complejidad de las relaciones sociales y el crecimiento de la ciencia moderna aumentan la eficiencia de la producción y la asignación de disponibilidades, pero también la impersonalidad del trabajo y la división entre oficina y hogar: “todas las sociedades occidentales se han visto sometidas en su historia reciente a los efectos desorganizadores de muchas clases de cambios súbitos” (Parsons, 1954: 103). Usando la propia terminología parsonsiana, podríamos decir que dan lugar a procesos polarizados de asignación.¹ La sociedad moderna tendió a dividir la sociedad alemana en sectores

...según se orienten a los que son, en términos racionales, los valores de las pautas de conducta más “progresistas” o “emancipadas” o a las pautas más conservadoramente “retrógradas” o tradicionales...

...De ahí que las manifestaciones de estas pautas de actitudes polares tiendan a llevar la marca de la inseguridad psicológica, a ser “excesivamente decididas”. Esto se aplica a ambos bandos: al emancipado, por la tendencia a un “desenmascaramiento” compulsivo y a la negación de cualquier elemento de legitimidad a todas las pautas tradicionales; al tradicional, por la obstrucción “fundamentalista” de todo progreso, un tradicionalismo literal acompañado de actitudes intensamente emocionales (Parsons, 1954: 104).

Alexander (2000: 64) explicará que esta polarización volvió relativamente ineficaces las recompensas, pues las asignaciones habían producido una brecha. Un grupo nuevo como la clase obrera industrial entendía que aún no había recibido su parte; un grupo más viejo, como los pequeños granjeros, entendía por el contrario que estaba perdiendo prestigio y seguridad económica en comparación con los obreros.

La importancia de dicho trabajo fue que de la interacción entre los patrones psicológicos en la población y los procesos de industrialización, urbanización, burocratización y secularización derivó una teoría sobre el *status* insatisfactorio. La sociedad puede ser dividida entre aquellos que asimilan los modelos del progreso y aquellos que permanecen periféricos a ellos. Los grupos reaccionan con fuerza y exageran las cualidades de las visiones del mundo que están contendiendo. Algunos desacreditan o rechazan los elementos de legitimidad de los modelos ajenos en tanto que otros movilizan afectos alrededor de símbolos (Sommerville, 1997: 675).

A pesar del énfasis en factores de tipo psicológico, como la insatisfacción por las asignaciones, los estudiosos de los movimientos sociales retomaron de Parsons principalmente la explicación centrada en la estructura de clases y la composición del *status*, y fue natural que el marxismo jugara un papel relevante en este sentido, pues el rasgo que más permanentemente ha estado presente en la definición de los movimientos sociales es su voluntad de intervención en el proceso de cambio social, en el que específicamente la clase obrera tenía un interés fundamental.

Una modificación significativa en la concepción de los movimientos sociales ocurrió a partir de la interpretación de las nuevas tendencias de desarrollo de las sociedades capitalistas avanzadas. La nueva izquierda marxista de fines de los sesenta y de los setenta aceptó el cambio de perspectiva del sistema capitalista tras la Segunda Guerra Mundial en lo que tenía que ver con la reproducción social, el consumo y la producción del conocimiento y sus efectos en las relaciones de clase. En la sociedad que autores como Alain Touraine (1973) llamaron desde 1969 *postindustrial*, intelectuales, nuevos profesionales y estudiantes reemplazaron a la clase obrera como agente del cambio revolucionario, y una nueva dirección del movimiento de resistencia, es decir, de los movimientos sociales, sustituyó a la organización del trabajo como foco principal de la acción política.

Esta visión se desarrolló en los debates de la izquierda sobre la nueva configuración económica del capitalismo, que se resume en la idea de que hay un tránsito del fordismo, basado en acuerdos socioeconómicos de tipo keynesiano y en la incorporación del movimiento obrero a las políticas de la democracia liberal, al posfordismo, consistente en formas de regulación

¹ Los procesos de asignación distribuyen disponibilidades (es decir, los medios para controlar una situación), personal (y sus puestos) y recompensas (tanto materiales como simbólicas). La asignación se relaciona con la producción; se concentra sobre los medios e inevitablemente crea conflicto (ver Alexander, 2000: 50-53).

económica y social inéditas y en novedosos tipos de respuestas políticas adecuadas a aquéllas. La expansión del sector público en empleos y bienestar bajo el fordismo proveyó a la población de redes de seguridad social, pero también creó grandes diferencias entre los ciudadanos e indujo relaciones de dependencia entre algunos grupos, socavando la identidad y las acciones de clase. Se dice que el capitalismo consumista y el estado de bienestar condujeron a nuevas formas de regulación social a través de la cultura de masas y las intervenciones a favor del bienestar, que Habermas llamó la colonización del mundo-de-vida (1995: 19) lo que condujo a una crisis de legitimación generalizada. Un breve apunte de Habermas sobre la crisis del capitalismo tardío puede ser esclarecedor:

...por último [los países capitalistas] consiguieron filtrar en buena medida los efectos secundarios disfuncionales de la crisis económica contenida, y distribuirlos entre cuasi-grupos (como los consumidores, los escolares o sus padres, los usuarios de los medios de transporte, los enfermos, los ancianos, etcétera) o grupos naturales con escaso grado de organización. Así se disolvió la identidad de las clases y se fragmentó la conciencia de clase. El compromiso de clases incorporado a la estructura del capitalismo tardío hace de todos (o casi todos) participantes o súbditos en una misma persona; y naturalmente la clara desigualdad (cada vez mayor) en cuanto poder y fortuna decide quién pertenece más a una de esas dos categorías (Habermas, 1995: 56).

Este cambio provocó formas de resistencia nunca antes vistas de quienes se sentían ajenos a los canales de la política institucional. Surgieron los nuevos movimientos sociales.

Teóricos posmodernos como Frederic Jameson ven en los nuevos movimientos sociales un reflejo organizacional de la fragmentación cultural del capitalismo avanzado: "la ausencia de un gran proyecto colectivo" (1991: 43). La mercantilización de cada aspecto de la vida humana y la alineación del sentido de la vida social afectan el desarrollo de las acciones colectivas. Así, la búsqueda de nuevas identidades restringidas, ante la dificultad de producir identidades sostenidas en valores universales, es una característica de estos movimientos.

Durante los primeros años de los ochenta, América Latina presenció la emergencia de este modelo de interpretación de los movimientos sociales. Movilizaciones por los derechos humanos, de feministas, de ambientalistas y de demandantes de autonomía local empezaron a proliferar, como había ocurrido en los países desarrollados la década anterior, dando lugar a un gran interés por el estudio y la comprensión de los *nuevos movimientos sociales*. Aunque al momento de aclarar lo que había de nuevo en los movimientos sociales los estudiosos entraban en una bruma conceptual poco precisa o bien aludían a fenómenos que los historiadores sociales ya habían hecho notar en movimientos muy antiguos,² predominó la propuesta de dos grandes esquemas con los que se buscaba diferenciar a los antiguos movimientos sociales de los nuevos.³ Los primeros fueron caracterizados por el predominio de la *estrategia*, especialmente mediante el empleo de su principal recurso, la movilización; los últimos lo fueron a partir de su disposición a favorecer el desarrollo de la *identidad*. Aquéllos estaban centrados en la clase obrera como principal agente social, éstos en otros agentes desvinculados de la producción. La transformación de la estructura general de la sociedad era el principal objetivo de los movimientos tradicionales; producir una nueva interpretación de la vida social, de las normas y los sentidos colectivos y el carácter evanescente de la frontera entre lo público y lo privado era el propósito más importante de los nuevos movimientos sociales.

Los nuevos movimientos sociales son una familia particular de movimientos, es decir, no corresponden a una concepción general de la movilización social. Se les considera propios de la situación creada por la sociedad postindustrial, la sociedad programada (Tourette, 1978), las sociedades complejas (Melucci, 1989) o el capitalismo desorganizado (Offe, 1988). Son básicamente reactivos a los embates de la modernización, aunque no por ello carecen de propuestas positivas, pues trabajan en los hechos por reconstruir nuevas identidades sociales como respuesta a la disolución de las viejas. Los observadores de los nuevos movimientos sociales privilegiaron en ellos su carácter impugnador de los fundamentos económicos, políticos o culturales de las sociedades occidentales, de ahí que incluso

² Kenneth Tucker (1991) dirige a Habermas y a Cohen una interesante crítica en la que cuestiona la supuesta novedad de los movimientos sociales. Su argumento es que la función comunicativa que enfatizan en éstos no es ajena a los movimientos tradicionales. En el mismo sentido, otro estudio sugerente sobre la supuesta novedad de los movimientos sociales es el de Calhoun, 1993. Ambos trabajos tienen en común el remitirnos a situaciones históricas débilmente conocidas por los sociólogos, lo que impide a estos últimos reconocer que los factores nuevos que destacan están presentes en movimientos antiguos.

³ La literatura sobre el tema de los nuevos movimientos sociales es abundante. Remito al amplio artículo de Cohen, 1985, y en general al número monográfico de la revista *Social Research* vol. 25, núm. 4, de 1985.

el movimiento obrero no fuera un objeto privilegiado de su consideración, y en cambio sí resaltaban su vena antiautoritaria, su profunda desconfianza en el mercado, en la inversión privada o en la ética del éxito, y su apoyo a la distribución igualitaria, la democracia participativa y la autonomía individual y grupal. De acuerdo con Jesús Casquette (1988), los atributos supuestamente originales de los nuevos movimientos sociales son básicamente los siguientes: 1) primacía de la búsqueda de la identidad, 2) movilización sin referencia específica de clase, 3) carácter defensivo, 4) politización de la vida cotidiana, 5) profecía organizativa o formas de acción autorreflexiva,⁴ 6) medios no convencionales de participación y 7) radicalismo autolimitado.⁵

Las críticas a quienes proponían la noción de nuevos movimientos sociales no fueron pocas. Entre ellas destacan el desconocimiento de la historia y, sobre todo, la incapacidad para dar cuenta de la heterogeneidad y el descuido del análisis de las formas de organización social y de los contextos políticos. Con todo, su influencia fue importante y hasta cierto punto saludable. En América Latina despertaron interés y el entusiasmo de varios sectores intelectuales y políticos. Por una parte, permitían superar la incompreensión que sociólogos europeos mostraban hacia los movimientos sociales de la región,⁶ por otra, la propuesta permitió reorientar la interpretación de las luchas sociales latinoamericanas en el sentido de que la notable retracción del producto interno estaba teniendo como consecuencia el sacudimiento de las bases de negociación del Estado con las clases sociales tradicionales. De aquí el entusiasmo despertado por las movilizaciones sociales del periodo. Exploraban la formación de nuevas identidades y la emergencia de modos de hacer política y de actores sociales, así como la creación de un nuevo espacio público y la expansión de la sociedad civil.⁷ El planteamiento más común de este periodo fue que los nuevos movimientos sociales se conectaban

con el proceso de democratización de los países del área.⁸ Su impacto no era espectacular, pero sí efectivo, puesto que la clave para leer los nuevos movimientos estaba en su impronta democratizadora en la cultura y en la vida cotidiana, aunque siempre se oscurecía el proceso que conducía de las prácticas de los movimientos democráticos de base hacia el campo de las instituciones políticas del Estado.

La hipótesis de que los movimientos sociales corresponden a momentos diferentes del desarrollo capitalista nos lleva a interrogarnos sobre las características que asumen en la etapa actual del capitalismo global. Éste ha supuesto el predominio internacional de las corporaciones multinacionales en detrimento de la capacidad política y económica de los estados nacionales. Se ha buscado que el mercado carezca de obstáculos políticos o administrativos impulsando de este modo el libre comercio de bienes y servicios. Bloques de naciones se han constituido para aprovechar las nuevas condiciones de la competencia mundial, dando pie a acuerdos supranacionales sobre temas monetarios, arancelarios o de producción. Los estados han debido revisar sus políticas sociales del periodo anterior. Educación, salud, pensiones, empleo, vivienda y transporte se han doblegado a la lógica del mercado y gran parte de estas actividades han transitado al sector privado. La calidad de los servicios se deteriora e incluso se ha convertido en materia de acuerdo internacional. Las comunicaciones globales han abierto un periodo de tráfico de servicios y bienes culturales que tienden a producir una cultura global homogénea, a veces regida por estándares ajenos a los estados. El consumidor se ha convertido en un nuevo héroe cultural, objeto y fin de las políticas de la globalización, en tanto que el ciudadano tradicional lucha por hacerse de un lugar en el mundo, aún limitado por fronteras nacionales, cuyo sentido actual se ha reducido a controlar los movimientos de población.

⁴ Aunque detallar cada una de estas características desviaría el sentido del presente trabajo, es conveniente señalar que en este punto se trata de la insistencia de los teóricos y participantes en los movimientos sociales en que la forma organizativa y la práctica de tales movimientos ejemplifican o deben ejemplificar los valores que el movimiento desearía ver trasladados al orden social.

⁵ En el sentido de que los nuevos movimientos sociales reconocen y respetan la integridad de los sistemas político y económico.

⁶ Recordemos cómo en un texto antiguo de Alain Touraine (1987) se considera que en sentido estricto únicamente es movimiento social "la lucha de dos grupos sociales para el control de recursos y modelos culturales que ambos aceptan y valorizan", con lo que prácticamente sólo el movimiento obrero (y fundamentalmente el movimiento obrero europeo) puede ser caracterizado como movimiento social. Otras manifestaciones a las que Touraine no niega importancia les asigna el nombre de *luchas sociales* (1987: 171 y ss.).

⁷ Antes de que se popularizaran los nuevos movimientos sociales, América Latina realizaba estudios sobre este tema en dos grandes áreas de estudio: grupos étnicos y campesinos, en los que se consideraba la identidad como una fuerza social que favorecía la movilización política. La identidad fue un recurso para pensar de modo distinto la formación de los estados nacionales que apelaban a criterios universales de adscripción y rechazaban las particularidades históricas y culturales. Dos dimensiones alumbran el desarrollo de la identidad política en América Latina: representación y diferencia (Hale, 1997).

⁸ Véanse por ejemplo el texto de Gunder Frank y Fuentes (1989) Guido y Fernández (1989).

El nuevo panorama social y cultural de este periodo no encuentra en las clases sociales o en los grupos privados de representación identitaria su principal protagonista. Son las mayorías silenciosas de los excluidos de empleo, de sistema de pensiones, de papeles de residencia, de información eficiente, de educación para la cultura global y de acceso al consumo sus principales protagonistas. A este respecto, Habermas (1998, 176-196) enuncia en primer lugar el debilitamiento de las pretensiones normativas del Estado frente al asalto de las multinacionales, situación que poco a poco ha venido dejando huérfanos a los ciudadanos que han de aprender a arreglárselas “como si estuviesen en flotación libre”. Así, si la sociedad postindustrial dio lugar al descentramiento de la clase obrera a favor de nuevos sujetos sociales, la globalización neoliberal ha dado origen a una crisis de la capacidad integradora de la sociedad.

El resultado en los países desarrollados ha consistido en la ruptura de los lazos integradores favorecidos por los estados nacionales de la posguerra que promovieron estados solidarios que tenían por propósito evitar la constitución de burbujas de exclusión. El bienestar como objetivo solidario se expresaba en el sistema de pensiones, el seguro de desempleo o el sistema de salud y educación prácticamente universales. Pero la mundialización económica ha afectado la capacidad de los estados nacionales para actuar sobre las condiciones generales de producción. Más aún, la dura competencia económica ha llevado a los gobiernos a asumir el desempleo y la demolición del estado social como una necesidad para fortalecer la competitividad de las empresas. Es por ello que Habermas advierte que estas políticas están obligando a la sociedad a convivir con una subclase en el interior del propio país.

Los *underclass*, como algunos sociólogos han llamado a los grupos marginados producidos por el proceso reseñado, no son ya una expresión temporal de las presiones económicas sino que se han sedimentado como una parte segmentada del resto de la sociedad. La exclusión significa la ausencia de compromiso del sector dominante de la sociedad hacia los no integrados, a pesar de que no puede evitar encontrarse constantemente con ellos, así como tensiones sociales generadas por la subclase “cuyas descargas consisten en revueltas puramente autodestructivas, es decir, carentes de toda estrategia y finalidad y que sólo pueden ser controladas con medios represivos” (Habermas, 1998: 194).

Vistos como procesos culturales, estos movimientos tienden a renunciar a la constitución de sujetos políticos universales. El proletario, la mujer o el ciudadano se transforman poco a poco en sujetos de alcance más limitado, de modo que se privan de instrumentos simbólicos que les acerquen al conjunto de la sociedad, que termina por rechazarlos. Habermas advierte el riesgo que esta confrontación significa para el desarrollo de la democracia,⁹ pues constituye un salto atrás en cuanto a los acuerdos alcanzados por las sociedades modernas. Incluso desde la perspectiva de los países en desarrollo, en los que la experiencia de la marginalidad ha sido una constante desde hace mucho tiempo, las nuevas condiciones generadas por la revuelta neoliberal difieren de la etapa desarrollista en el sentido de que también se ha privado a los excluidos del discurso demagógico que los convertía en los hijos preferidos del régimen. En México, la cancelación de la reforma agraria, la eliminación de los subsidios y de los programas sociales o la lectura del desarrollo social en clave de desarrollo humano constituye un giro discursivo en cuanto a la responsabilidad del Estado en la procuración de la solidaridad social, descargando en la propia sociedad las condiciones del bienestar.

¿Cómo repercuten estas transformaciones en las condiciones de la movilización política? Quizá la característica más trágica de las movilizaciones de los excluidos es la profunda conciencia de su situación y la impasibilidad de los poderes constituidos hacia la misma. Los emigrantes en muchos países europeos, la extensión inimaginable de las cohortes de pobreza y desclasados del antiguo bloque comunista, la mayoría de los indígenas en América Latina o amplios sectores de clase media arrinconados en la informalidad, son conscientes de que casi nada pueden esperar de los estados y su protesta muy fácilmente se traduce en odio y venganza en vez de acuerdos y normas para la integración social. Son estas nuevas condiciones de la movilización social las que he propuesto llamar, a falta de otro término, **NUEVOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES**.

Este tipo de movimientos no constituye una evolución necesaria ni exclusiva de la actual etapa de desarrollo económico global, pero sí permite mostrar la emergencia de modos de agitación que no pueden ser clasificados en las categorías anteriores. A lo largo de la historia ha sido notable en los movimientos sociales clásicos que hayan buscado la producción de ordenamientos normativos que posibilitaran la vida común

⁹ La república burguesa nació con vocación universalista, por lo que el desarrollo de guetos o bolsas de exclusión cuestiona toda decisión que no los tome en cuenta, por más democrático que haya sido su acuerdo: “...decisiones mayoritarias, tomadas de modo formalmente correcto... acaban enterrando la legitimidad de los procedimientos e instituciones del estado de derecho y la democracia” (Habermas, 1998: 195)

de todos los sectores sociales, lo mismo que el que los nuevos movimientos sociales propusieran la constitución de lazos de identidad en los que estuvieran incluidos los sectores subalternos. Los nuevos nuevos movimientos sociales, en cambio, con gran frecuencia ejercen la denuncia y la crítica pero cancelan sus posibilidades de negociación o se inmolan en formas de lucha a veces espectaculares pero igualmente autodestructivas. A esta tendencia creo que se puede acercar el conflicto universitario que tuvo lugar de abril de 1999 a febrero de 2000 en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), cuyas demandas pueden ser consideradas justas pero su desarrollo notablemente cuestionable en términos de su compromiso con la democracia y respeto a las formas de convivencia y a la propia institución en cuyo nombre los participantes en el movimiento estallaron la huelga y se batieron en las calles y asambleas durante diez meses.

Quiero evitar la impresión de que la característica fundamental de los movimientos sociales del actual periodo esté reducida al horizonte de la exclusión y a las revueltas sin sentido. En los hechos, el movimiento obrero o los nuevos movimientos sociales basados en identidades restringidas continúan expresándose en todas las sociedades,¹⁰ pero junto a éstos encontramos múltiples manifestaciones de movimientos sociales que no alcanzan a ser comprendidos por toda la sociedad, terminando por profundizar su situación de abandono.¹¹

El movimiento universitario mexicano. Las nuevas caras de la movilización social

Pienso, como Alain Touraine (1985), que la idea de movimiento social, igual que la mayoría de las nociones en las ciencias sociales, no describe parte de la “realidad” sino un elemento de un modo específico de construcción de la realidad social. Los movimientos sociales son, en principio, un ejercicio cognitivo. Los individuos

se ubican a sí mismos y son ubicados por otros, formando parte de un conglomerado que tiene vínculos imaginarios de identidad. Los intereses que manifiestan se derivan, en gran medida, de contradicciones sociales y económicas reales, pero su expresión denota la puesta en operación de principios de legitimidad que fortalecen, debilitan, acercan o excluyen a ciertos sujetos con respecto a otros en el gran escenario social. A lo largo del movimiento universitario reciente, la universidad mexicana ha pasado a ser el motivo principal de este ejercicio de recorte de lo social.

Entre otras características, se ha pretendido definir a la universidad como una *comunidad* organizada por la reunión de personas con intereses compartidos.¹² El modelo monacal que la inspira supone que las jerarquías internas no devienen en oposiciones conflictivas sino en la ponderación de las cualidades individuales para servir lo mejor posible a un colectivo. De ahí que con frecuencia oigamos hablar del “claustro” universitario en el que todos sus miembros se encuentran representados. Esta peculiaridad otorga a la institución universitaria un cierto carácter de institución total. Es decir, el colectivo se impone una normatividad interna que favorece la consecución de sus fines definidos, en forma abstracta, como fines de conocimiento, sea porque se trata de preservar, difundir o incrementar éste. Para la más adecuada realización de sus objetivos, las instituciones universitarias apelan a su autonomía, en el sentido de que sólo el compromiso comunitario con el conocimiento es la base de la racionalidad que organiza la consecución del fin. Difícilmente un movimiento universitario ha puesto en duda estos principios de organización, pero en la experiencia concreta ha sido frecuente que la universidad se vea empujada a tomar posturas más allá de los principios abstractos que la definen.

La huelga estudiantil que afectó a la Universidad Nacional Autónoma de México de abril de 1999 a febrero de 2001¹³ tiene diversos antecedentes que en su

¹⁰ Aunque es cierto que en las sociedades industrializadas cada vez hay un menor espacio para la lucha proletaria y que la aceptación del pluralismo cultural esté quitando protagonismo a las reivindicaciones de las minorías culturales.

¹¹ Llamo la atención hacia la lucha social desatada este año de 2001 por los inmigrantes norteafricanos y orientales en España, principalmente en la ciudad de Barcelona, la cual obtuvo un amplio apoyo tanto de sectores religiosos —pues la sede de sus protestas fueron varios templos católicos—, como políticos y sociales. Al cabo de varias semanas de movilización, la incapacidad para llegar a acuerdos hizo que los lazos solidarios se fueran desgranando hasta llevar la situación de los inmigrantes a una grave orfandad de apoyos.

¹² El nombre de universidad no hacía referencia a la idea de universalidad humana sino a la de corporación, la cual estaba integrada por maestros y estudiantes, aunque las hubo exclusivamente de estudiantes o de maestros (Weckmann, 1962).

¹³ Existen varias cronologías sobre el movimiento universitario que se está analizando. Una de las más breves y sinópticas es la que presentan Rajchenber y Fazio (2000: 14-15). Moreno y Amador (1999: 449-476) ofrecen una excelente sucesión de acontecimientos que toca tanto los aspectos institucionales como el debate y la movilización desarrollados en torno al CGH, con el problema de que se corta abruptamente el 30 de septiembre, es decir casi cinco meses antes de la entrada de la policía a la UNAM. Arturo Ramírez (2000: 129-139) presenta una cronología más apegada al curso del movimiento desde la perspectiva del CGH.

conjunto constituyen un intento de reforma académica de la universidad, como el proyecto de transformación impulsado en 1986 por el ex rector Jorge Carpizo, que fue frustrado mediante una huelga universitaria o, en los noventa, un cambio al plan de estudios del sistema de bachillerato denominado Colegio de Ciencias y Humanidades en 1995 y la modificación del Reglamento General de Inscripciones que regula el paso del bachillerato de la UNAM a las licenciaturas. Estos intentos de cambio académico se habían acompañado por la intención del gobierno federal y de las autoridades universitarias de modificar el monto de las cuotas que los estudiantes pagaban a la institución, lo que siempre contó con un amplio rechazo por parte de numerosos agentes internos y externos a la universidad. Sin embargo, en 1998, cuando el Congreso de la Unión aprobó un presupuesto reducido para la Universidad Nacional, el proyecto de modificación de las cuotas volvió a la discusión. La propuesta fue percibida con aprensión por numerosos estudiantes. Se le veía como una violación al precepto constitucional de gratuidad de la educación impartida por el Estado y como la antesala de una posible privatización de la universidad pública.

La respuesta estudiantil fue inmediata y organizada. Se crearon instrumentos de coordinación estudiantil y se aprobaron medidas —huelga incluida— para detener la puesta en vigencia del nuevo Reglamento General de Pagos aprobado en el mes de febrero, pero las autoridades universitarias no modificaron su punto de vista. El 20 de abril de 1999 dio inicio la huelga, que duraría diez meses, y cuyo órgano de dirección fue el Consejo General de Huelga (CGH). Gran número de estudiantes había votado por el uso de este recurso como última medida para detener la imposición de las nuevas cuotas, pero las autoridades no acertaron a diseñar propuestas que hicieran posible el acercamiento en los días próximos al inicio del paro. El resultado inmediato del movimiento fue una modificación de la postura original de las autoridades universitarias. Las cuotas se transformaron en “voluntarias” el 7 de mayo, acción que no fue suficiente para modificar la actitud de los huelguistas, que para entonces habían hecho de un pliego petitorio de seis puntos su marco mínimo de negociación. Se sucedieron meses infructuosos de diálogo, a pesar de que maestros eméritos o diputados federales intentaron promover el acercamiento. La prolongación del conflicto afectó de diverso modo a paristas y autoridades. Los primeros desplegaron una estrategia de movilización y búsqueda de respaldo, asegurando que sus demandas originales eran innegociables. Las autoridades perdieron paulatinamente sus apoyos ante la propia comunidad universitaria por el inmovilismo en que cayeron por largas semanas y hasta meses.

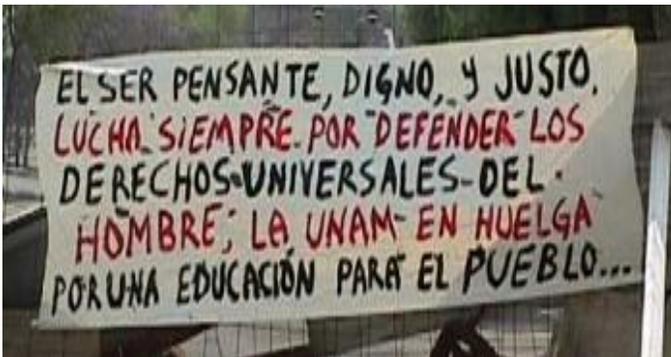
El 13 de noviembre renuncia el rector Francisco Barón de Castro y es sustituido por Juan Ramón de la Fuente, quien abandona el puesto de secretario de Salud en el gobierno federal para hacerse cargo de la rectoría de la UNAM. Los estudiantes aceptan dialogar con las autoridades, representadas en el primer encuentro por el propio rector. Sin embargo el diálogo se entorpece, la representación estudiantil manifiesta tensiones internas y dificultades para llegar a acuerdos con la institución durante un largo mes de diciembre pleno de ríspidos encuentros. Iniciado el año 2000, el nuevo rector hace una propuesta pública de solución al conflicto que en su contenido general satisface muchas de las demandas estudiantiles, pero que en su forma conduce a la marginación del principal agente de la huelga: el CGH. Mediante la convocatoria a un referéndum, el rector cree ver que es posible una reconciliación interna de la universidad y la solución de la huelga, pues presenta un paquete de medidas que en los hechos supone una derrota del proyecto de cuotas, pero deja a salvo el prestigio institucional. Tras el referéndum, el rector emplaza al CGH a devolver las instalaciones. Su falta de respuesta da pie al ingreso de la policía federal a los recintos universitarios en la madrugada del 6 de febrero, con la consiguiente detención de un importante grupo de miembros del CGH, el procesamiento penal de muchos de los líderes —algunos de los cuales permanecieron encarcelados varios meses— y el fin de la huelga universitaria.

La constitución del sujeto. Producción de la identidad

Los movimientos sociales, como instrumento cognitivo de comprensión de la realidad, requieren de la constitución de sujetos sociales unidos por lazos imaginarios de identidad y, en el contexto de la modernidad, este propósito se ha caracterizado por el empeño de construir sujetos *universales*: ciudadanos, individuos, mujeres, pueblo, clase, entre otros. Una constante de las luchas sociales modernas ha sido reivindicar, así sea por un puñado de individuos, que están actuando en nombre de un colectivo universal. En el caso particular de la Universidad Nacional esta pretensión es aún más notable porque, a diferencia de estudiantes de otras universidades públicas, su alumnado se sabe portador de una tradición de décadas y de un prestigio heredado, de modo que actúa como portador de una *misión*: defender la educación superior en su totalidad. Una constante en las declaraciones del Consejo General de Huelga fue que la base del conflicto se encontraba en el entorno privatizador y la imposición de criterios

mercantilistas en la educación superior, de modo que su respuesta tenía el objetivo de salvaguardar el carácter gratuito de la educación superior pública en general. Así, el conflicto no se circunscribía en modo alguno a lo local sino a un sujeto imaginario de alcance nacional. En la entrada a la página de Internet del CGH¹⁴ se encontraba lo siguiente:

¿Por qué estamos en huelga los estudiantes universitarios?



Porque defendemos el derecho de todos a estudiar, sin que importen las posibilidades económicas de cada uno. Y la gratuidad de la educación es una condición indispensable para que ese derecho pueda ser efectivo (www/geocities.com/Baja/Mesa/9813/)

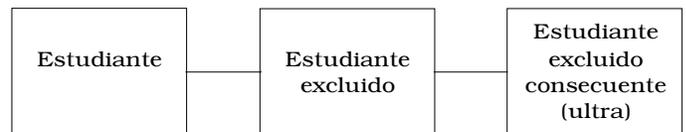
Posiblemente no exista en el país otro estudiante que se considere portador de una conciencia nacional como el de la UNAM pues no sólo él sino múltiples agentes sociales, incluidos los medios de comunicación, se han empeñado en presentar a la Universidad Nacional como la *conciencia moral de la nación*... Por lo mismo, el movimiento universitario naturalmente se asumió como una punta de lanza de la que dependían muchas más cosas que sus demandas particulares. Reiteradamente, por ejemplo, los discursos oficiales y de los activistas repetían que, dado su carácter nacional, todos debían ver en la huelga su propio interés:

Está mucho más en juego que los seis puntos de nuestro pliego petitorio. Si hoy el CGH es derrotado con él también pierden las generaciones anteriores: perderán los estudiantes que ganaron la autonomía, perderán los que ganaron el pase automático, los caídos de 1968 y 1971, los que enfrentaron el plan Carpizo en 1987 y durante el Congreso de 1990. También, y esto es mucho más importante, perderán las próximas generaciones, todos aquellos estudian-

tes que en el futuro querrán ingresar y permanecer en la UNAM y no podrán hacerlo, perderán aquellos que en el futuro se opongan a las imposiciones que, seguro, querrán seguir imponiendo a la Universidad los poderosos. Perderá la nación toda (Consejo General de Huelga, 1999: 19).

Así pues, el sujeto social del movimiento fue desde un principio la imagen del *estudiante*, joven mexicano que representaba los intereses más amplios de la nación. Sin embargo, lo notable de este movimiento fue que este sujeto primigenio se fue transformando paulatinamente, sin desterrarlo, pero haciéndolo convivir con otras modalidades de expresión. El siguiente esquema muestra las distintas manifestaciones de sujeto social involucrado a lo largo del conflicto:

Figura 1
Construcción del agente social del movimiento universitario



La misión universal del movimiento universitario mexicano se sostiene en dos preceptos: 1) la aceptación de que el sentido fundamental de la institución universitaria mexicana es mantener la fidelidad a los principios de organización basados en el conocimiento y 2) el acuerdo común de que es un instrumento de movilidad social. Ambos le dan su sentido, explican su historia, definen su papel en el contexto social y favorecen el desarrollo de la identidad de los que participan de la institución.

Las condiciones sociales imperantes han rodeado el segundo objetivo de una notable legitimidad que contrasta con el clima de desconfianza y desvalimiento económico de gran parte de la sociedad. Cuando observamos los indicadores sobre la confianza de la ciudadanía en diversas instituciones, destacan dos tendencias claras. La primera es que la escuela y la Iglesia son las instituciones que mayor confianza inspiran en la población (otros estudios colocan a los padres, es decir a la familia, como la institución más confiable en la sociedad mexicana), en tanto que son el gobierno,

¹⁴ www/geocities.com/Baja/Mesa/9813/

los sindicatos, la policía y los partidos políticos las instituciones de las que más se desconfía. La otra es que en el Distrito Federal, es decir, en la región en donde más directamente se puede apreciar la actuación de las instituciones políticas, es donde menos confianza inspiran, a diferencia de otras regiones del país.¹⁵

Adicionalmente, se profundiza el pesimismo en la percepción del futuro económico. Una investigación nacional de fines de 1999 arrojaba el resultado de que 41% de los encuestados pensaban que el futuro económico de sus hijos sería peor que el suyo, en tanto que 30% pensaba que sería mejor.

Este clima de pesimismo y desconfianza probablemente está generando cambios en los comportamientos juveniles: en 1995, tres cuartas partes de los jóvenes de 18 años estaban fuera del sistema educativo,¹⁶ además de que la deserción en la educación media ha venido creciendo en los últimos años. Considerado el empleo, ¿cuál es el destino de las jóvenes mexicanas cuando la participación femenina en la población económicamente activa es, según el Informe sobre Desarrollo Humano 1999, de sólo 25.7%? Los poco confiables datos sobre empleo en las áreas urbanas indican que el desempleo es más grave en los grupos de edad joven (12 a 19 y 20 a 24 años), y que éste es más notable aún para aquellos que cuentan con un nivel de instrucción media superior y superior (40.5%).¹⁷ Por otra parte, actitudes de descomposición social como el consumo de drogas se dispararon entre los jóvenes en la última década.¹⁸

De ningún modo los datos pueden ser indicadores de las actitudes anímicas de los diversos sectores de la población y de su compromiso con el orden actual, pero sí pueden ilustrar cómo la estructura social y económica mexicana está haciendo que los jóvenes, insertos o no en el sistema educativo, evalúen su futuro con inseguridad y hasta con temor. Cuando ya contamos con generaciones de jóvenes que no pudieron incorporarse al mercado de trabajo y que difícilmente lo harán con posterioridad a sus treinta años de vida, hablar de la generación X no es una mera nota folclórica.

De esta manera la pretensión de actualizar las cuotas, aunque fuera una medida diferenciada según

los ingresos familiares, no hizo sino abrir la puerta para que amplios sectores la percibieran, con razón o sin ella, como una muestra más de la exclusión que los amenazaba. En el caso de la Universidad Nacional, el rechazo fue mayoritario.

Pero la oposición a la propuesta de incrementar cuotas y, posteriormente, la huelga no permitieron reconstruir un ambiente de identidad interna, sino que lo fragmentaron. Al inicio, la declaración de universidad *incluyente* se convirtió en un punto de construcción de una identidad universitaria en tiempos neoliberales; se estuviera a favor o en contra del pretendido aumento, la aceptación explícita de que la universidad debía mantenerse abierta a todos los sectores sociales fue uno de los puntos de acuerdo primordiales y desde luego uno de los hilos simbólicos más fuertes que ató a todos los participantes del conflicto, pero la desconfianza hacia el futuro personal, la percepción de que incluso una universidad gratuita no puede revertir el proceso de exclusión vivido desde fuera de la institución, generó que el consenso no fuera lo suficientemente sólido como para reconstituir el tejido social universitario. Así, el énfasis en el objetivo de movilidad social de la universidad, antes que el del conocimiento, pasó a ser determinante en la constitución del universo identitario. El siguiente incidente puede explicar la separación creada. A casi cuatro meses de huelga un grupo de estudiantes antiparistas que intentó ingresar al campus universitario fue rechazado por los huelguistas. Al abandonar las instalaciones los primeros advertían “¡Pronto volveremos! ¡Ésta es nuestra escuela y vamos a regresar!” Entonces se oyó el grito solitario de la madre de un parista: “No saben lo que están haciendo, ustedes quieren que nosotros los pobres seamos los esclavos, que trabajemos de técnicos mientras ustedes son los jefes, no saben lo que están haciendo...”¹⁹

La percepción de que la universidad ya no abre universos, sino los cierra, fue el sustento moral del movimiento. El Consejo General de Huelga lo expresó con precisión:

En este marco (el del combate a la política económica neoliberal), la lucha que hoy dan tanto el EZLN como los electri-

¹⁵ Los indicadores aparecen en la revista *Este país*, de febrero de 1999 (p. 25). El estudio fue realizado por el grupo bancario Banamex Accival; curiosamente, los bancos no presentan la más baja evaluación. El estudio también muestra que el nivel de confianza de 1998, último año de análisis, decayó con respecto al año anterior. Otra encuesta, esta vez de la empresa Sigma, coloca a un político en el último grado de confianza (0.7%) frente al 79.8 que generan los padres y, viceversa, lo pone en el primer nivel de desconfianza, con 63.5 (*Este país*, abril 1999: 24).

¹⁶ *Este país*, junio de 1999: 27.

¹⁷ *Este país*, octubre de 1999: 31.

¹⁸ En 1993 menos del dos por ciento de los estudiantes del Distrito Federal consumían cocaína. En 1997 lo hacían el 4.1% (*Este país*, julio de 1999: 47).

¹⁹ *La Jornada*, 19 de agosto de 1999: 36.

cistas del SME y los estudiantes del CGH adquiere su real dimensión y significado. Es la lucha de quienes hemos sido excluidos, acallados e ignorados por un poder cada vez más alejado de aquellos a quienes pretende representar (1999: 16).

El fantasma de la exclusión que poco a poco invadió el discurso de los huelguistas se fue convirtiendo en el rasero con el cual medir el conjunto de la labor universitaria. Cuando en un acto de fuerza los huelguistas decidieron cerrar los institutos de investigación que habían podido funcionar durante el paro, una investigadora del Instituto de Investigaciones Económicas discutió con los paristas en estos términos:

– ¿Por qué hacen esto? ¿No saben que aquí se realizan importantes investigaciones sobre la política nacional o que se proponen modelos que sustituyan el modelo económico neoliberal? ¿No saben que los investigadores de aquí son los que más han apoyado el proceso democrático en la universidad? ¿Qué no saben que se están perjudicando ustedes?

La respuesta que recibió fue la siguiente:

– Pero ustedes hacen libros para los ricos
– ¿Cuáles libros para ricos? ¿De qué ricos estás hablando? Aquí se elaboran libros muy importantes para el país y para la universidad ¿Por qué hablan sin conocimiento?! Dime un título de los que aquí hemos hecho.
– No recuerdo —dijo el joven y alzó los hombros.²⁰

En esa misma jornada, los huelguistas aventuraron:

...se formará una comisión que indague el tipo de investigaciones que se están desarrollando con el fin de detener las que no sean prioritarias para la población y están al servicio de las empresas privadas.²¹

Simultáneamente a este proceso de distinción entre el sujeto universitario amplio y aquel marcado por la exclusión, hubo una tercera arena estructuradora de la identidad, consistente en la historia reciente de la universidad y del país. El movimiento universitario de 1999 tuvo como antecesores un movimiento exitoso, el de 1987, que según algunos fue malogrado por el erróneo cumplimiento de los acuerdos derivados de él, y otros dos conflictos (de 1995 y 1997) devenidos en sendas derrotas estudiantiles al no haber podido im-

pedir la reforma de un sector del bachillerato y la reglamentación del *pase automático* del bachillerato a la licenciatura. Un sector estudiantil explicó los resultados de estas movilizaciones por una política de negociación equivocada y una mala conducción política. Adicionalmente, la lucha del Ejército Zapatista de Liberación Nacional tuvo su contribución. El resultado fue un culto al voluntarismo como el instrumento indispensable para llevar a buen término el proceso de movilización social. Cualquier contemporización con el *enemigo* no sólo desviaba, sino conducía necesariamente el movimiento a la derrota. La *consecuencia* política de esta visión fue que la negociación era una trampa y que en cambio era indispensable el sostenimiento inexorable de las demandas y el desprecio a cualquier presión de tipo moral, político o legal. Esta visión de la lucha social produjo el principio de una nueva identidad: el *ultra* universitario.



Composición de imágenes en la que es tomado el rector en actitud de espera y huelguistas que fueron caracterizados como ultras (*La Jornada*, 21 de noviembre de 1999)

Originalmente asignada como un estigma, la condición de *ultra* terminó por convertirse en un principio de reconocimiento que el propio sector dirigente del movimiento asumió como cualidad, la cual debería ser común a todos los que participaran en el movimiento, como un principio más de constitución de la comunidad imaginada: “El hecho de sentirnos rebeldes y autollamarnos ultras nos distinguió siempre de los moderados. Ellos jamás aceptaron ser llamados así.”²²

²⁰ *La Jornada* 19 de octubre de 1999: 37.

²¹ *La Jornada* 19 de octubre de 1999: 37.

²² Es el testimonio de Alejandro, de la ENEP Acatlán, recopilado por Ramírez (2000: 53). El *ultra* constituyó una visión de rebeldía y contracultura que empleó elementos simbólicos en los que el propio cuerpo jugó un papel principal. “Los ultras

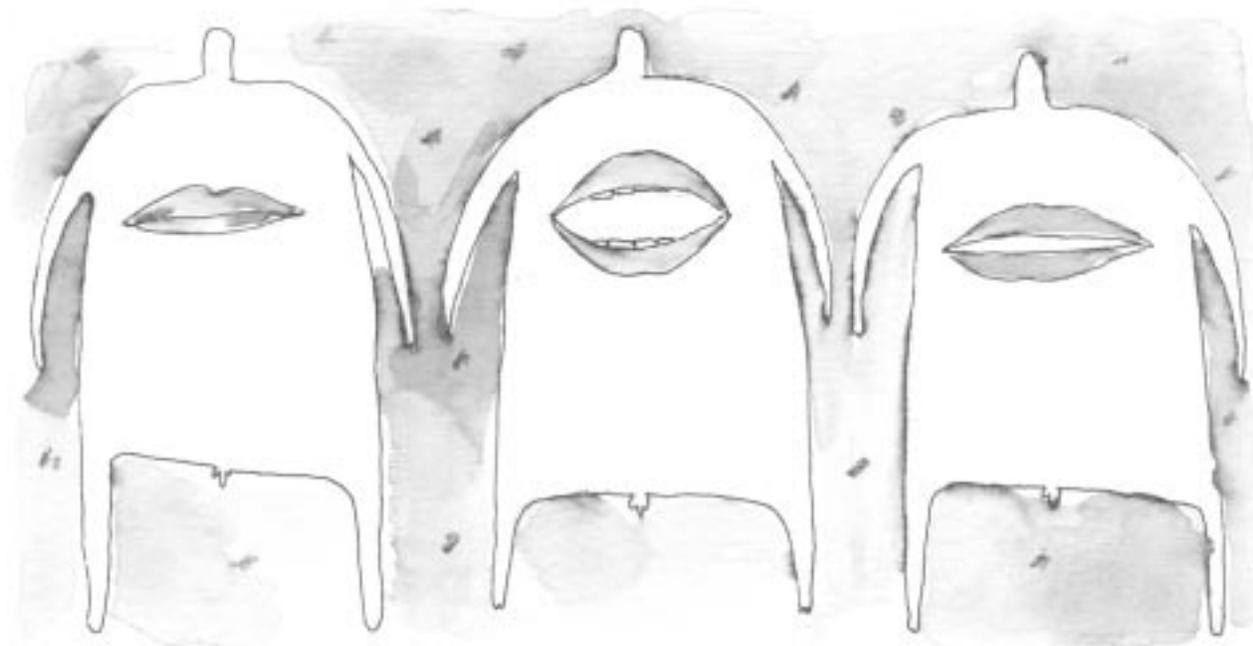
Los tres agentes sociales invocados—estudiante, estudiante excluido, estudiante consecuente (ultra)— no se sustituyeron uno con otro, sino que convivieron a lo largo del movimiento, desarrollando una dialéctica de confrontación y complementariedad en la que intervienen otros sectores: autoridades, partidos políticos, intelectuales y, principalmente, los medios masivos de comunicación, quienes simplificaron en diversas coyunturas el movimiento como una confrontación entre ultras y moderados. De esta manera, el esquema de constitución del sujeto del movimiento social quedó definido por la apelación a tres órdenes discursivos distintos:

tuales y, principalmente, los medios masivos de comunicación, quienes simplificaron en diversas coyunturas el movimiento como una confrontación entre ultras y moderados. De esta manera, el esquema de constitución del sujeto del movimiento social quedó definido por la apelación a tres órdenes discursivos distintos:

Figura 2
Discursos de poder y de adscripción de los agentes sociales

	Estudiante	Estudiante excluido	Estudiante excluido consecuente (ultra)
Interés social	Conocimiento	Conocimiento e inclusión social	Conocimiento, inclusión social, fidelidad a un modo de acción política
Modo de adscripción de los sujetos sociales	Todos los estudiantes	Los estudiantes, el pueblo pobre	Los estudiantes, el pueblo pobre, el pueblo digno*

* La noción *dignidad*, ha jugado un papel relevante en los movimientos sociales mexicanos de los noventa. Su centralidad apunta a rebasar el marco institucional de referencia y a advertir del sentimiento de reivindicación del carácter “humano” de los involucrados. Una *paz justa y digna*, aspiración del movimiento zapatista, implica no sólo la resolución legal de las demandas planteadas sino la reivindicación de una cualidad negada, lo que requiere la transformación de la percepción social. A este respecto cito el trabajo de Francisco Cruces sobre la puesta en escena de las marchas de protesta en la ciudad de México, en el que señala el sentido de la noción de dignidad “como la traducción vernácula de la ciudadanía, el respeto y la autonomía política que organiza el conjunto de las demandas y acciones” (1998: 78).



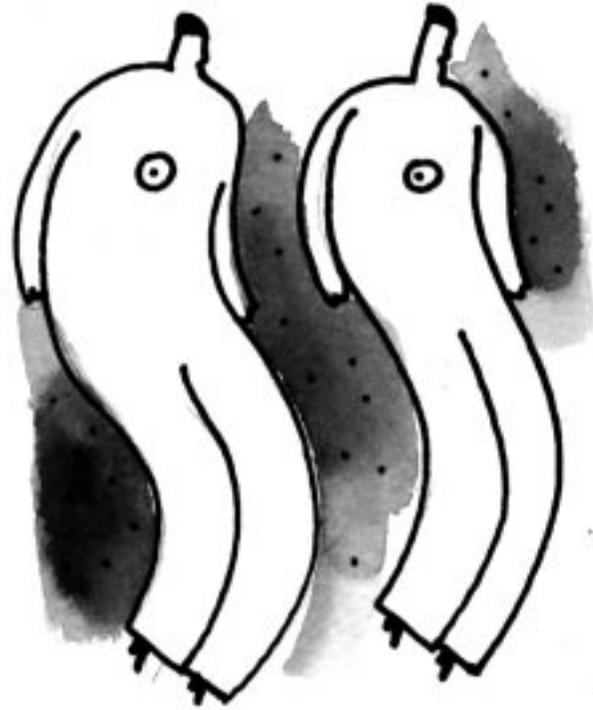
nos caracterizamos por los peinados, las ropas, nuestra actitud crítica, nuestros símbolos y nuestras formas de expresión: encuerándonos, pintándonos, poniendo nombres a nuestras escuelas... Los moderados eran los bonitos, los educados, nunca un mal peinado, nunca una grosería, nunca enseñar las nalgas...” (Alejandro, en Ramírez, 2000: 53). Pero había además una diferencia política fundamental, real o ficticia: la incapacidad de los moderados de hacer trabajo de base (aunque sus posibilidades para hacerlo estaban limitadas porque no tenían acceso a las asambleas e instalaciones) y su “falta de valor” en los momentos de enfrentamiento físico. El testimonio de un ultra puede explicar claramente esta crítica: “La lógica moderada es tan pendeja que todo lo querían solucionar dialogando” (Eric, en Ramírez, 2000: 57).

Podemos observar que las distintas maneras de constituir los sujetos marcan los modos de considerar la *ciudadanía* que permitiría la participación. Al principio del movimiento predominó la adscripción universal de los estudiantes e incluso se favoreció la expresión de todos los involucrados en el movimiento. Hay que señalar que uno de los errores más señalados de las autoridades universitarias fue precisamente no haber sabido involucrar al conjunto de la comunidad en la toma de la decisión de aumentar las cuotas o bien no haber estado dispuesta a perder su apuesta por el incremento:

...si el Reglamento General de Pagos se hubiera aplicado a partir del consenso universitario, de consulta real a los universitarios, yo te aseguro que no estaríamos en huelga. Lo que detonó el malestar fue la imposición, las formas en que se decidió la imposición (Azucena Cisneros (25 años), cit. en Moreno y Amador, 1999: 91).²³

Luego, con el transcurso de los meses y el recrudecimiento de las relaciones internas de los paristas, los modos de adscripción se fueron restringiendo y ampliando simultáneamente. Por una parte, no todos los estudiantes fueron reconocidos como sujetos por el sector dirigente del movimiento; por otra, éste apelaba a un sujeto social que rebasaba la adscripción universitaria: el pueblo. Así, se generó una contradicción permanente entre dos modos de mirar la participación legítima en el movimiento, consistente en la oposición idealizada entre los sectores moderado y el *ultra*.

La ambivalente consideración de la participación masiva de los estudiantes puede ser un ejemplo de lo anterior. Antes de que el movimiento iniciara, y en cierto sentido como motor principal de éste, la Asamblea Estudiantil Universitaria (convertida en Consejo General de Huelga a partir del inicio de ésta) promovió la más activa participación a través de diversos modos de consulta, incluido un referéndum que en algunas facultades fue organizado por los órganos de representación universitaria. La consulta devino en un importante instrumento de legitimación y en el principal catalizador de la protesta estudiantil, pues se preguntaba a los participantes si estaban de acuerdo en un paro indefinido como forma de protesta para lograr la derogación del Reglamento General de Pagos. Sin embargo, con pos-



terioridad al estallido, el CGH jamás promovió ni reivindicó una forma de consulta similar. En cambio, puede haberse generalizado la idea de que la consulta vía referéndum no era adecuada. Una participante del movimiento hizo una observación en este sentido: “Yo siempre he creído que una huelga no se vota, ni se decide, sino que se construye como proceso de lucha...”²⁴ Sea lo que quiera significar esta observación pues, desde luego, la estudiante que la pronuncia no habla de imponer una huelga sino de garantizar la participación en ella, el resultado es el mismo: no es el voto, sino otras expresiones de participación, lo que garantiza una consulta eficaz.

Así, las diversas maneras de producir al sujeto del movimiento dieron por resultado dos órdenes discursivos principales sobre el curso del mismo y sobre la participación, que muestran la tensión derivada por la definición de la identidad y del derecho de participación en la toma de decisiones. Resumo algunos puntos notables en la siguiente figura.

²³ A propósito de este libro, titulado *La huelga del fin del mundo*, hay que decir que fue el primer compendio de entrevistas sobre la huelga de la UNAM y que cerró su edición cumplido el quinto mes del conflicto. Contiene algunos ensayos y numerosas e interesantes entrevistas a distintos protagonistas del movimiento.

²⁴ Entrevista a Teresa Rodríguez de la Vega Cuéllar, en Moreno y Amador, 1999: 164.

Figura 3
Órdenes discursivos moderado y ultra

	Sector moderado	Sector "ultra"
Sujeto universal	El estudiante universitario. "Nuestros aliados no sólo están en el SME (Sindicato Mexicano de Electricistas); no sólo están, en los compañeros del STUNAM (Sindicato de Trabajadores de la UNAM) o en los académicos más cercanos al CGH; <i>están en toda la comunidad universitaria, cuya participación será imprescindible para la transformación que queremos</i> ". ^a	El pueblo, las futuras generaciones, los sectores excluidos de la sociedad: "Hoy cerramos la universidad para que mañana sea de todos". ^d
Sujeto con derecho a participar	El estudiante	Sólo pueden participar quienes se ciñan a los acuerdos de la mayoría. "Pasadas las 22:30 horas, cuando la representación de uno de los grupos existentes en el CCH Naucalpan propuso efectuar una 'consulta universitaria', volvieron a resonar los gritos: 'esquiroles' y 'vendehuelgas'..." ^e Por otra parte el CGH promovió la entrada de organizaciones sociales al campus de Ciudad Universitaria a partir del primero de septiembre. En relación con este evento y la exigencia de las autoridades de que se retiraran, uno de los dirigentes declaró: "El movimiento estudiantil no pedirá a estas organizaciones... que se retiren porque tenemos derecho a libre asociación".
Modo de participación legítima	La democracia interna. Un estudiante moderado en medio de una agitada asamblea del CGH: "Si los compañeros del CGH nos reprimen y violan nuestro derecho universal a la libertad de expresión y a la diversidad de ideas, entonces confirmaremos nuestra idea de que la ultra tiene el mismo rostro de la rectoría". ^b	Durante uno de los debates que en momentos se expresaron en golpes se estableció lo siguiente sobre el derecho a participar en las asambleas: "El día de la asamblea [a la que] llamaron a todos los alumnos de Ingeniería, los 'ultras' dijeron que no tenían derecho a votar porque no han estado todos los días de la huelga..." En otro contexto un estudiante ultra dijo: "Estamos en desacuerdo en que los que no están activamente en la huelga únicamente vayan a las asambleas a levantar la mano para ser mayoriteros." ^f
Estrategia	Diálogo para negociar "La negociación es una palabra válida... el diálogo es para eso". "La famosa firmeza es el tren que va al abismo." ^c	Diálogo para denunciar "El diálogo es una forma de lucha", no de solución ^g "El diálogo es la principal arma del Estado para evitar que avancemos hacia otro escenario. El movimiento es un barco sin brújula atorado por el arma del diálogo" ^h "Le pedimos al rector que en un diálogo público. ¿Por qué público? Pues porque todo el mundo se tiene que dar cuenta de lo que pasa en la Universidad..." "Para nosotros es importante el diálogo no sólo porque es una cobertura... sino porque vamos a demostrar por qué no se deben cobrar cuotas en la Universidad..." "...las sesiones de diálogo público tampoco van a ser días ahí sentados, porque hasta eso, lo decimos...: no nos va a durar el Rector" ⁱ Las autoridades universitarias constantemente hacen alusión a una declaración del CGH: "Diálogo no es negociación". ^j

^a De un documento crítico del sector moderado (*La Jornada*, 10 de septiembre de 1999: 56).

^b Mensaje de uno de los carteles durante los primeros días de huelga (*Proceso*, 2 de mayo de 1999: 20).

^c *La Jornada*, 31 de agosto de 1999: 36.

^d *La Jornada*, 5 de septiembre de 1999: 46.

^e *La Jornada*, 19 de agosto de 1999: 38.

^f Marjorie González, *La Jornada*, 10 de septiembre de 1999: 58.

^g Citado por Fabrizio Mejía Madrid en el Suplemento Masiosare de *La Jornada*, 21 de septiembre de 1999: 6.

^h *Ibid.*

ⁱ Entrevista a Alfonso Bautista, 29 años, en Moreno y Amador, 1999.

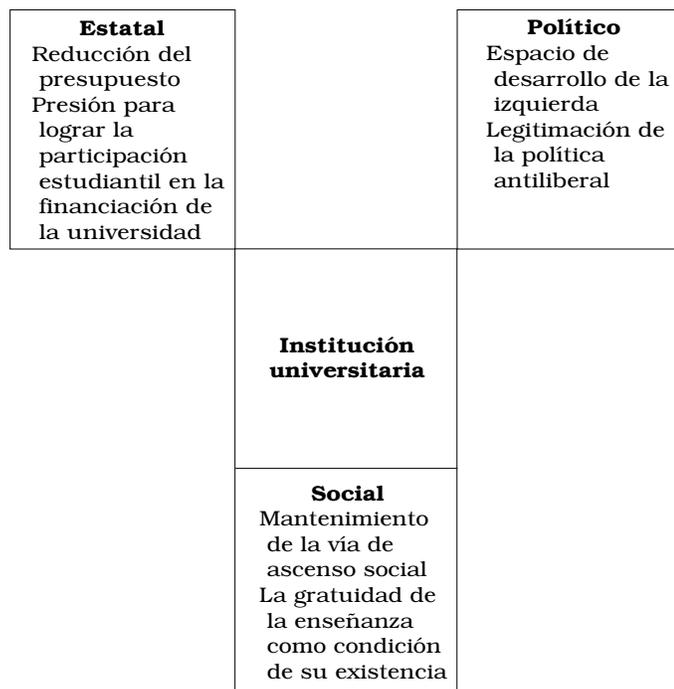
^j Con esta referencia, la rectoría publicó vistosas inserciones de prensa, cuyo fin era denunciar la constante frustración de los instrumentos de diálogo diseñados por el rector Barnés, quien se sostuvo hasta el séptimo mes de la huelga.

La definición de los oponentes

El pretendido espíritu comunitario de la universidad quiere ver en sus miembros sujetos identificados con un mismo objetivo, aunque diferenciados jerárquicamente. En principio no hay más contradicción en una institución universitaria que la que se derive de la gestión del conocimiento: los detentadores de éste frente a los que desean adquirirlo, los mecanismos de acreditación, las maneras de incrementar el saber, la legitimidad de los instrumentos de organización de las jerarquías, etcétera. El rechazo a las injerencias externas, es decir, la defensa de la autonomía, quiere garantizar la consecución de sus fines de conocimiento sin interferencias políticas o sociales, y es una bandera que une a todos los miembros de la comunidad.

Pero la imagen de una universidad plenamente autónoma es más un objetivo que una realidad. En los hechos, las presiones sociales llegan a cebarse sobre la universidad porque el principio de legitimidad que otorga el conocimiento es materia de ambición por parte de muchos de los miembros de la sociedad. En el juego de contradicciones que cercan la vida universitaria hay tres grandes frentes de presión:

Figura 4
Intereses de los frentes de presión sobre el ente universitario autónomo*

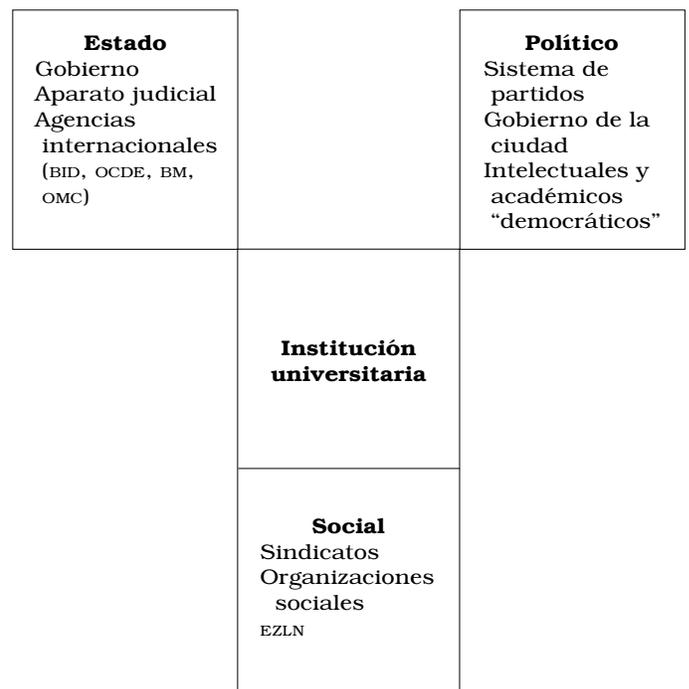


* No menciono otros frentes que pueden ser de notable importancia en ciertos contextos, como el sector empresarial, pues me parece que en el curso del movimiento su intervención no es directamente relevante.

La presión del Estado siempre ha existido, puesto que es él quien financia la educación superior. La aplicación eficiente de programas, el sometimiento de la universidad al marco de decisiones públicas, la intervención velada o directa en la elección de autoridades o en la aprobación de políticas universitarias ha estado vigente en el pasado y el presente de la universidad. El entorno político ha sido otra fuente de presión. La izquierda se refugió por años en la universidad, por ser ésta un preciado espacio de libertad en un Estado autoritario y se ha esforzado por encontrar en la universidad, a través de la investigación o la docencia, un terreno de legitimidad de sus planteamientos políticos—esta es la tesis de Guillermo Sheridan (2000), que nos remonta a los años treinta—. Finalmente, grandes sectores sociales presionan por mantener abierto el principal instrumento de legitimidad de la educación superior: su gratuidad.

Cada uno de estos frentes de presión se traduce en agentes internos y externos que les encarnan:

Figura 5
Agentes de los frentes de presión sobre el ente universitario autónomo



La manera como se ubica el juego de fuerzas en el conflicto tiene un sentido sucesorio y cambiante, según la coyuntura y los agentes del movimiento social, pero lo más notable es la partición de los miembros de esta comunidad imaginada que es la universidad en tres grandes segmentos, según respondan a los diversos frentes de presión.

Figura 6
Adjudicación interna de los agentes de los frentes de presión sobre el ente universitario autónomo

<p>Estado: Rectoría Consejo Universitario Tribunal Universitario Directores y funcionarios ANUIES (Asociación de Universidades e Institutos de Educación Superior) UDUAL (Unión de Universidades de América Latina) CENEVAL (Centro Nacional de Evaluación) Académicos y estudiantes adversos a la huelga</p>		<p>Político PRD (Partido de la Revolución Democrática) CEU (Consejo Estudiantil Universitario) Gobierno del D.F. Dirigentes y líderes de movimientos anteriores. Sindicato universitario</p>
	<p>Institución universitaria</p>	
	<p>Social Consejo General de Huelga Diversas corrientes políticas estudiantiles Académicos simpatizantes Sindicato universitario</p>	

En efecto, el movimiento universitario define en primer término su oposición interna con la rectoría promotora del incremento de las cuotas, pero no oculta su desafío a la política estatal. Este marco de confrontación se extiende poco a poco hasta abarcar a los organismos internacionales. La gran novedad de este movimiento con respecto a los anteriores (en 1968 era el Estado mexicano el que hacía aparecer al movimiento estudiantil como subordinado a consignas extranjeras) es el papel protagónico que el imaginario estudiantil asignó a aparatos de la globalización, a tal grado que convirtió

al Estado mexicano y a las autoridades universitarias en simples apéndices de aquéllos. Pero esta oposición básica no alcanza a contener a todos los agentes sociales. La imagen construida sobre las derrotas anteriores conduce a un sector estudiantil a señalar también la intromisión política de la izquierda parlamentaria como un enemigo, de modo que abre un frente interno de lucha que produce confusión y, sobre todo, modifica las expectativas del movimiento. El esquema de confrontaciones podría quedar así:

Figura 7
Definición del oponente según los diversos agentes del movimiento

Estudiante	Estudiante excluido	Estudiante excluido consecuente (ultra)
Rectoría	Rectoría Estado-política neoliberal	Rectoría Estado-política neoliberal PRD-CEU

Así, ocurrió que mientras más estrecho era el agente social, más amplio fue el marco de sus confrontaciones. Esto dio por resultado que las demandas tendieron a incrementarse y a la larga se hicieron inmanejables, pues la huelga se convirtió en un catálogo de exigencias que la dirigieron en múltiples direcciones, lo que dificultó su desarrollo tanto para los interlocutores como para el propio movimiento. Un analista escribía así en el mes de agosto:

El arranque de la negociación y la negociación misma resultan difíciles no tanto por la supuesta intransigencia de las autoridades, que ya han cedido algunos puntos y que podrían ceder otros, sino esencialmente por la extraordinaria heterogeneidad de un movimiento que se ha convertido, simultáneamente, en foro de exigencias académicas, en cauce de inconformidades sociales y en carnaval fuera de temporada que congrega a maestros, alumnos, padres de familia en cólera, a vendedores de bisutería ideológica, a sindicalistas, desempleados y solicitantes de vivienda, a *chavos banda*, fósiles y pistoleros (Wimer, 1999: 37).

El juicio parece excesivo, pero es también cierto que aunque las seis demandas estudiantiles se refieren al ámbito universitario su sello es, en mayor o menor medida, un rechazo a lo que se considera neoliberalismo y exclusión. Así, la cesión del examen de selección al CENEVAL²⁵ o el establecimiento de límites al ingreso a la licenciatura y a la permanencia en ella son rechazados porque, según los paristas, su objetivo es la exclusión; la actualización de las cuotas porque es una imposición del Banco Mundial; la etérea reforma universitaria porque ha sido dispuesta por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), y la negociación con las autoridades universitarias porque es sólo un interés de la izquierda parlamentaria.

El campo de la confrontación

La universidad ciertamente es una totalidad cultural. Los participantes hacen con facilidad de ella su universo vital, de modo que el juego de fuerzas busca imponer un sentido de su desarrollo, controlar su historicidad, es decir, diseñar modelos culturales que rijan su accionar social. Por eso se trata no sólo de hacer de la

universidad una caja de resonancia sino una opción de vida. En la medida en que la sociedad general se muestra opresiva y conservadora, el aprecio por la vida universitaria se torna más notable para los espíritus libres y las corrientes de cambio, y entonces el objetivo de permanecer en ella adquiere una importancia fundamental. Las siguientes son tres respuestas que otros tantos universitarios participantes en el conflicto universitario que nos ocupa ofrecieron a la pregunta: cómo te imaginas el futuro inmediato:

– Yo tengo incertidumbre. ¿Qué quisiera? Lo ideal: mira si no nos aprehenden y nos reprimen, si no tengo que ir a la cárcel o algo así, termino mi licenciatura, espero a titularme, hacer maestría, tal vez una maestría en el extranjero y, al regreso, dar clases en la UNAM (entrevista a Rodolfo Hernández, 25 años, en Moreno y Amador, 1999: 114).²⁶

– Quiero hacer dos cosas antes de cumplir 30 años —de aquí a que yo piense seriamente en tener hijos y todas esas cosas—: estudiar una maestría en sociología política en el Instituto Mora y ser maestra de tiempo completo e investigar aquí. Mi mayor orgullo sería trabajar en el IIS [Instituto de Investigaciones Sociales] como investigadora. No me imagino de ninguna otra manera en esta vida. Y por otra parte no quiero dejar por nada el activismo que he tenido desde 1994 (Teresa Rodríguez de la Vega Cuéllar, 20 años, en Moreno y Amador, 1999: 167).

– Me imagino que voy a estar investigando en un laboratorio de la Universidad (Gabriela Martínez Levy, 16 años, en Moreno y Amador, 1999: 214).

Aunque he seleccionado algunos ejemplos de evidente reducción del horizonte vital al ámbito universitario y, desde luego, hay entre los entrevistados del citado libro jóvenes que, con un aire existencialista, se niegan a imaginar un futuro o se imaginan tocando diversas puertas, predomina entre muchos universitarios un anhelo de mantenerse en la universidad como investigadores y docentes.

Esta dificultad de pensar un proyecto de vida al margen de la UNAM es compartido por ciertos grupos más estructurados. La izquierda ha sido tradicionalmente acusada de hacer de la universidad el espacio pri-

²⁵ El Centro Nacional de Evaluación (CENEVAL) es un organismo privado creado por la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior para evaluar y acreditar los programas de licenciatura y homogeneizar el proceso de admisión a las universidades. Varios sectores, entre ellos el CGH, lo vieron como un órgano de intromisión que desvirtúa la autonomía universitaria y un proyecto sospechoso de promover una reorientación de la enseñanza universitaria favorable a la empresa y a la economía de mercado.

²⁶ Rodolfo Hernández es uno de los más reconocidos participantes de la *ultra* del movimiento.

vilegiado de su acción pública, y ciertamente hay una estrategia de mantenerse presentes con el relevo de estudiantes o a través de estudiantes o profesores que tratan de mantener un *projecto* que les garantice su supervivencia, además de orientar el desarrollo de la institución. La idea de que la universidad debe ser tutelada para preservar sus fines sociales ha sido permanente fuente de conflicto. Para algunos sectores supone un estado de intromisión, para otros es un derecho y una muestra de que la universidad es de todos, no sólo de los universitarios. Así, el sentido de la universidad es más amplio que los límites físicos o reglamentarios de la propia institución, lo que la convierte en una arena en donde están depositadas esperanzas, sueños, necesidades vitales, orgullos y fracasos que hacen que sobre ella se constituya una visión del mundo.

Una visión del mundo es, entre otras cosas, un ejercicio de categorización del espacio y del tiempo.²⁷ Los movimientos sociales se refieren, por lo común, a un tiempo imaginario en el que las relaciones comunitarias son transparentes e igualitarias. Algunos movimientos nos dirigen al pasado, a la restitución de tiempos en que la vida no se había trastocado por los efectos del cambio, como los movimientos milenaristas que añoran un supuesto estado perdido de fortuna y bienestar. A veces, por el contrario, los movimientos sociales ponen sus esperanzas en un futuro de cambio, igualdad y justicia, imagen que permite orquestar las acciones hacia una transformación de las estructuras existentes. El manejo del tiempo en el conflicto universitario se vinculó, por lo tanto, a una dialéctica en la que se enfrentaban diversos modos de resolver el conflicto. Al oponerse a la reforma del Reglamento General de Pagos, los estudiantes apelaban a un tiempo pasado en que sólo se pagaban 200 pesos de inscripción, no obstante que la inflación había hecho añicos los 16 dólares de cuota de inscripción de hace treinta años. Al exigir en cambio un congreso universitario, proponían una transformación de la universidad que garantizara su sentido social. Pasado y futuro se aunaron en un movimiento que escarbaba en su historia y proponía una utopía.

Pero, a pesar de la convivencia de estos referentes de temporalidad, el tiempo del movimiento se convirtió

en un eterno presente. Buena parte de la literatura antropológica sobre la pobreza pone de manifiesto la dificultad de los marginados de acceder a una visión previsora o de futuro. Al contrario, el permanente desamparo y la incapacidad de imaginarse un futuro mejor impulsa a los pobres a consumir con premura y a mirar el ahorro como una incompatibilidad con su situación.²⁸ Los nuevos marginados, los excluidos de ahora, se ven igualmente constreñidos por la carencia de alternativa a su situación de víctimas de la globalización. ¿Quién puede hacer creíble la condición de futuro de miles de jóvenes que han perdido la esperanza de que su tránsito por la universidad se resuelva en mejoría de su situación actual? Por el contrario, parece ser que el movimiento fue una reiteración de su situación presente y, a fuerza de repetirla, el movimiento se convirtió en un fin en sí mismo. Las imágenes que analistas y medios han generalizado de él como “La huelga del fin del mundo”, “La huelga sin fin” o “La república de la huelga”,²⁹ nos hablan de un estado permanente, tal vez la mejor situación en la que algunos de los protagonistas podrían estar. Hace años algunos estrategas militares encontraron en este estado una cualidad bélica fundamental: “el movimiento se protege a sí mismo.”³⁰

En efecto, los primeros meses de huelga se convirtieron en una apretada sucesión de movilizaciones estudiantiles en las que se depositó el éxito de la huelga: “Un día, asamblea, al otro reunión no sé donde, luego, mitin frente a Gobernación y así” (Ariel, en Ramírez, 2000: 79). Las crónicas de las maratónicas asambleas del CGH hablan del poco tiempo aplicado a la discusión de la estrategia y de las muchas horas dedicadas al “plan de acción”. Conforme el movimiento quería incrementar la presión, la escalada de las movilizaciones crecía hasta el extremo de proponerse medidas como la toma de la ciudad, o incluso del aeropuerto internacional. El amplio apoyo con el que estalló el movimiento fue mantenido en las siguientes semanas, hasta el momento en que diversos sectores sociales miraron con preocupación que el conflicto no se traduciera en diálogo, dando lugar a la disputa por el control del tiempo de la negociación.

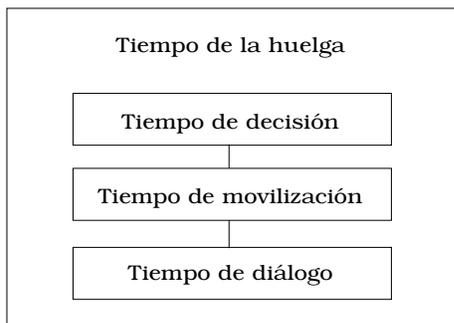
²⁷ La etnociencia ha buscado investigar las categorías con las que diferentes experiencias culturales construyen su imagen del mundo. Los especialistas hablan de cinco grandes categorías específicas: clasificación, tiempo y espacio, causalidad, persona (ver Kearney, 1975).

²⁸ Planteamientos como la poca capacidad para diferir las gratificaciones o planear el futuro forman parte del catálogo de características que los estudiosos de la cultura de la pobreza tomaron en cuenta para definirla. Ver en este sentido el trabajo amplio de Valentine, 1972: cap. 5.

²⁹ Son respectivamente los títulos de un libro, un número especial de la revista *Proceso*, y un término acuñado por Carlos Monsiváis.

³⁰ La frase corresponde a un famoso comandante alemán de tanques de la Segunda Guerra Mundial.

Figura 8
El sentido del tiempo en el movimiento



El general el sentido del tiempo en el movimiento se remite a tres tipos de espacio de actividad: tiempo de decisión, tiempo de movilización, tiempo de diálogo. La huelga en sí misma es un espacio de actividades con fines de presión política. A diferencia de otros movimientos universitarios, principalmente el de 1987, este conflicto no puso el acento en actividades culturales. Las pocas acciones de este tipo fueron más bien para el consumo de los propios paristas, más que para la población abierta. Las decisiones del movimiento se tomaban en las asambleas plenarios. La imagen que la prensa difundió de ellas fue la de eternas reuniones que comenzaban por la tarde de los sábados y se prolongaban hasta las primeras horas de los lunes. Un caos organizado parece ser su sello. Por lo común se iniciaban con el saludo de organizaciones solidarias y el reporte de los resolutiveos de las 40 asambleas que componen el CGH, posteriormente la mesa se hacía cargo de resumir, con frecuentes impugnaciones, los resolutiveos presentados y abrir entonces propiamente la discusión de los temas políticos y las propuestas de plan de acción. No fue raro que las plenarios del CGH invirtieran largas horas de discusión para acordar el orden del día. El CGH siempre fue celoso de sus tiempos de decisión, de modo que el ritmo de estas discusiones, más el que requería que las 40 asambleas las realizaran a su vez, impuso una medida cronológica que podía llegar a varios días para poder tomar una decisión.

La movilización fue el principal eje de la huelga. Se le utilizó como instrumento de presión, pero fue más allá. Fue un espacio de control y validación del apoyo social. Una gran manifestación política ratificaba una decisión, aunque lo contrario no necesariamente la descalificaba. De este modo, el tiempo de movilización

tenía un sentido plebiscitario: “Se lanzan toda clase de acusaciones falsas contra el movimiento estudiantil; se nos dice que somos un pequeño grupo que secuestró la universidad. ¡Aquí está este pequeño grupo, que nos vean y que nos cuenten bien!”³¹ Este sentido de las manifestaciones hacía innecesarias las consultas a las bases. En todo caso, sólo la consulta a las asambleas, es decir a quienes participaban en la huelga, era necesaria para legitimar una decisión.

El tiempo de movilización no sólo era el de las marchas y los mítines; la huelga en sí misma era el principal espacio de movilización, de ahí que supusiera una entrega de tiempo completo que se compaginó con la vida de los participantes en una dimensión extrema:

Durante la huelga dormía casi siempre fuera de mi casa, comía con gente que sólo conocía de vista, pero con el tiempo nos convertimos en compañeros de madrizas, broncas, discusiones, triunfos y derrotas. Aquí perdí mi virginidad y eso fue algo muy fuerte, porque nunca te imaginas que tu primera vez vaya a ser en un cubículo de la dirección de tu escuela (Maribel, en Ramírez, 2000: 13).

El tercer sentido temporal se refiere al diálogo. El movimiento nació y se desarrolló con esa exigencia pero, como ya hemos visto, la función de éste tuvo diversos sentidos y por lo común se discutió “esperar a que se fortalezca el movimiento antes que dialogar”.³² De cualquier manera, el diálogo tenía en la estrategia estudiantil un sentido fundamental, al grado que se convirtió en el séptimo punto del pliego petitorio aunque no estuviera explícito.³³ Sin embargo, el espejismo del diálogo, para que surtiera el efecto deseado, debía reproducir una experiencia anterior, la del movimiento de 1987 tan vituperado por los actuales dirigentes del CGH. El diálogo debía cumplir con varios requisitos: ante todo transmitirse a través de los medios y desarrollarse de tal modo que la fuerza moral y política del movimiento se sobrepusiera a las razones legales y administrativas de la rectoría. Por lo mismo debía tener reglas y tiempos acordados que hicieran eficaz la presencia política del CGH y mostraran la bancarrota de las autoridades universitarias. A su vez, el diálogo debía cumplir su propio tiempo, estipulado para que la representación estudiantil pudiera satisfacer sus requisitos de representatividad. Por ejemplo, se llegó a proponer un formato de media hora de exposición inicial de un punto más 13 rondas de discusión y eventualmente 13 rondas más.

³¹ Del discurso de Úrsula Bernal en el mitin del 2 de octubre (*La Jornada*, 3 de octubre de 1999: 13).

³² Citado por Fabrizio Mejía Madrid en el Suplemento Masiosare de *La Jornada*, 21 de septiembre de 1999: 5.

³³ Carta del subcomandante Marcos a *La Jornada*.

El manejo de cada uno de los tres sentidos del tiempo fue permanente espacio de confrontación. ¿Quién podía estar en una asamblea? ¿Cualquiera podía proponer un punto de discusión? ¿Debía darse prioridad al diálogo o a la movilización?³⁴ ¿Cuál era el espacio de resolución de la huelga?

Por último, la huelga impuso un sentido del territorio. Este fue otro campo de imposición del sentido. La toma de las instalaciones y su ocupación fue la base y la fuerza del movimiento.

La posesión de los edificios parece crear una instantánea de institucionalidad... —señalaba un comentarista crítico del CGH— sin la posesión de los edificios, el CGH no existiría, o existiría sólo como una actitud entre muchas otras, condenada a la crítica y al diálogo (Sheridan, 1999: 19).

Y aunque el juicio parece simplista, tiene razón en que la toma de los edificios marcó la dinámica del diálogo o el no diálogo y convirtió al CGH en el interlocutor único, en el sentido de que sólo él podía entregar de nuevo las instalaciones. El dominio territorial permitió crear alrededor del CGH varias figuras. La primera fue la noción de un territorio autónomo, como los espacios dominados por las guerrillas de liberación nacional y en particular por el zapatismo. Esa fue la imagen evocada durante la celebración de las fiestas de la Independencia en el campus universitario en huelga.

Otro sentido del dominio del territorio universitario fue la imagen del aislamiento. Para su defensa, el campus fue cerrado con una alambrada tendida por los huelguistas y en ese momento éstos sellaron la idea de haber culminado su propia exclusión. Un nuevo gueto voluntario se había creado en la universidad. Dentro del campus todo era autonomía controlada por una normatividad ajena a la institucional, el exterior era lucha y confrontación. De ahí la negativa de las autoridades a acudir a dialogar en el interior del campus. En el extremo, la posesión de los edificios fue el inicio de un planteamiento que tuvo gran éxito entre los comentaristas de la huelga: “el CGH ha privatizado su causa”.³⁵

Al final, la alambrada se convirtió en un instrumento para que el CGH se protegiera de sí mismo. La imagen del presidium de las asambleas protegido por un alambre y púas para evitar que la mesa fuera tomada por algún sector inconforme, sirve de ejemplo para mostrar este extremo. Con ello se marcó una profunda dinámica en la que la mirada autocentrada del CGH terminó por imponerse en la última etapa del movimiento.

Así, el dominio territorial desplegó una dialéctica de inclusión-exclusión. Frecuentemente se puso en el centro de la discusión pública la paradoja de que aquellos que luchaban contra la exclusión habían expulsado del campus a sus compañeros, a cambio de acceder a él; a su vez, la invitación a que las organizaciones sociales ingresaran en el campus significó una prueba de que sólo la sociedad, sin mediaciones, podía ingresar de nuevo en ese territorio.

Los nuevos nuevos movimientos sociales

Pasados seis meses de la huelga, un analista de los movimientos sociales escribió lo siguiente:

Desde su inicio hace casi seis meses, la huelga de la UNAM tuvo un comportamiento atípico, poco usual en movimientos similares...

La huelga de la UNAM es síntoma de un comportamiento político distinto al que, hasta ahora, habían tenido los movimientos sociales. Es una expresión de la crisis de la cultura política dominante, así como de la incapacidad de las instituciones y del sistema de partidos vigente para representar y encauzar los conflictos protagonizados por nuevos actores.

¿Qué es lo nuevo que advierte Luis Hernández Navarro en este movimiento social?

No es una novedad el que en los movimientos sociales contestatarios participen tanto agentes radicales como agentes gubernamentales infiltrados. En ocasiones unos y otros son lo mismo, pero con mucha mayor frecuencia no lo son. Si lo es, en cambio, que estas tendencias ganen la conducción de las luchas y sus propuestas de acción sean seguidas, o cuando menos avaladas, por la mayoría de los participantes. ¿Cómo explicarnos este fenómeno? (Hernández Navarro, 1999)

El comentarista avanza su respuesta siguiendo tres pistas: la actuación de las autoridades de la UNAM, la composición social del movimiento —muchos jóvenes han visto reducidas sus expectativas de movilidad social— y un profundo malestar hacia las formas tradicionales de hacer política. Si las apreciaciones de Hernández Navarro son acertadas, como creo que lo son, falta ver qué representa esta nueva expresión de los movimientos sociales en el marco de la vida social mexicana.

³⁴ En más de una ocasión el CGH pospuso encuentros con las autoridades porque su plan de movilizaciones resultaba prioritario.

³⁵ Comentario de Carlos Monsiváis, que dio pie a múltiples usos, tanto de derecha como de izquierda (*La Jornada*, 19 de octubre de 1999: 10).

¿Se trata de una expresión excepcional de hacer política? ¿Son los “errores” autoritarios los que lo generan y su principal alimento? ¿Tiene remedio el profundo malestar existente hacia los mecanismos tradicionales de hacer política? En mi opinión nos estamos aproximando a una etapa de mayor inestabilidad política debido al descrédito de las instituciones, al que peligrosamente han servido tanto los agentes políticos tradicionales como las condiciones de la estructura económica y social mexicana.

La novedad de este movimiento es que si bien siempre ha habido sectores que se despegan de los grupos que dicen representar, ha ocurrido que ahora este hecho se ha dado con mayor relevancia. Explico este paradójico resultado como una crisis del factor de *universalidad* del agente principal del movimiento, es decir la paulatina reducción del sujeto social que representa y de las bases para producir su *ciudadanía*. A final de cuentas la anuencia de las bases no es indispensable. En la búsqueda de la justicia social, la democracia es un empeño innecesario y el desprestigio de las instituciones estatales una razón paralela para poder justificar y llenar de significado las acciones.

Bibliografía

- ALEXANDER, JEFFREY C.
2000 *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Gedisa, Barcelona [1987].
- BALANDIER, GEORGE
1988 *Modernidad y poder. El desvío antropológico*, Júcar, Madrid.
- CALHOUN, CRAIG
1993 “New Social Movements’s of the Early Nineteenth Century”, en *Social Science History*, vol. 17, núm. 3, pp. 385-427.
- CASQUETTE, JESÚS
1988 *Política, cultura y movimientos sociales*, Bakeas, Bilbao.
- COHEN, JEAN L.
1985 Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements, en *Social Research*, vol. 25, núm. 4, pp. 663-716.
- CONSEJO GENERAL DE HUELGA
1999 “El grito de los excluidos”, *Proceso*, edición especial, diciembre.
- CRUCES, FRANCISCO
1998 “El ritual de la protesta en las marchas urbanas”, en Néstor García Canclini, coord., *Cultura y comunicación en la ciudad de México (segunda parte)*, Universidad Autónoma Metropolitana/Grijalbo, México, pp. 26-83.
- GUIDO, RAFAEL Y OTTO FERNÁNDEZ
1989 “El juicio al sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LI, núm. 1, pp. 45-76.
- GUNDER FRANK, ANDRÉ Y MARTA FUENTES
1989 “Diez tesis acerca de los movimientos sociales”, en *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LI, núm. 1, pp. 121-43.
- HABERMAS, JÜRGEN
1995 *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Amorrortu, Buenos Aires [1973].
1998 *Más allá del Estado nacional*, Fondo de Cultura Económica, México.
- HALE, CHARLES R.
1997 “Cultural Politics of Identity in Latin America”, en *Annual Review of Anthropology*, vol. 26, pp. 567-590.
- HERNÁNDEZ NAVARRO, LUIS
1999 “Ni réir ni llorar: comprender”, en *La Jornada*, 26 de octubre.
- JAMESON, FREDERIC
1991 *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona [1984].
- KEARNEY, MICHAEL
1975 “World View Theory and Study”, en *Annual Review of Anthropology*, vol. 4.
- MELUCCI, ALBERTO
1989 *Nomads of the Present, Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*, Hutchinson, Londres.
- MORENO, HORTENSIA Y CARLOS AMADOR
1999 *UNAM. La huelga del fin del mundo*, Planeta, México.
- OFFE, CLAUS
1988 *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Sistema, Madrid.
- PARSONS, TALCOTT
1954 “Democracia y estructura social en la Alemania pre-nazi”, en *Ensayos de Teoría Social*, Paidós, Buenos Aires [1942].
- RAJCHENBERG ENRIQUE Y CARLOS FAZIO
2000 *UNAM Presente ¿y Futuro?*, Plaza Janés, México.
- RAMÍREZ, ARTURO
2000 *Palabra de CGH. El testimonio de los huelguistas*, Ediciones del Milenio, México.
- SHERIDAN, GUILLERMO
1999 “Cláusula de desalojo”, en *La Jornada*, 4 de septiembre, p. 19.
2000 *Allá en el campus grande*, Tusquets, México.
- SOMMERVILLE, JENNIFER
1997 “Social Movement Theory, Women and the Question of Interests”, en *Sociology* 31, núm. 4, pp. 675-695.
- TOURAINÉ, ALAIN
1973 *La sociedad pos-industrial*, Ariel, Barcelona [1969].
1978 *La voix et le regard*, Éditions de Seuil, París.
1985 “An Introduction to the Study of Social Movements”, en *Social Research*, vol. 52, núm. 4, invierno, pp. 749-787.
1987 *Actores sociales y sistemas políticos en América Latina*, PREALC-OIT, Santiago.
- TUCKER, KENNETH H.
1991 “How New are the New Social Movements?”, en *Theory, Culture and Society* núm. 8, pp. 75-98.
- VALENTINE, CHARLES
1972 *La cultura de la pobreza*, Amorrortu, Buenos Aires, 1972.
- WECKMANN, LUIS
1962 *Panorama de la cultura medieval*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- WIMER, JAVIER
1999 “La huelga perenne”, en *La Jornada*, 19 de agosto, p. 37.